

**CARTILLAS DE
DIVULGACION ECUATORIANA
Nº 13**

**LA CADA VEZ MAS INCREIBLE
HISTORIA DE ATAHUALPA**

LUIS ANDRADE REIMERS



EDITORIAL CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA — 1977

SECCION DE HISTORIA Y GEOGRAFIA
DE LA CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

LUIS ANDRADE REIMERS

La cada vez más increíble
historia de Atahualpa



EDITORIAL CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA — 1977

LA CADA VEZ MAS INCREIBLE HISTORIA DE ATAHUALPA

I *Incredulidad del éxito de Pizarro antes de zarpar*

Tal como una piedra, caída en la superficie tersa de un estanque, produce ondas concéntricas a su derredor, así los preparativos de un hombre temerario para llevar a cabo una gran hazaña levantan oleadas de temor, duda o adhesión intrépida en quienes lo rodean. Eso sucedió con Francisco Pizarro, al preparar su expedición definitiva para la conquista del Imperio de los Incas. Temieron sus antiguos compañeros de aventura en el primero y segundo de sus viajes por los mares del Sur y ni uno solo de ellos quiso volver a ensayar; temieron también algunos de los que él mismo había contratado en España para esta conquista y se quedaron en Panamá, incluyendo entre ellos un hermano suyo de madre, Martín de Alcántara. Dudaron del éxito de su empresa el Emperador Carlos V, arriesgando apenas quinientos mil maravedíes en el intento; dudaron Luque y Almagro, este último pretextando que Pizarro no había recabado para él privilegios por ese tiempo perfectamente etéreos; dudaron todos sus amigos y por eso a duras penas pudo reunir menos gente de la estipulada con el Rey en su Capitulación, menos equipos bélicos y menos provisiones. Contó, en cambio, con el decidido apoyo de sus otros tres hermanos y un puñado de resueltos soldados, a pesar de que hasta el momento de su partida todo el mundo afirmaba que el Imperio de los Incas "era tierra perdida y que los que venían con él, venían a morir" (1).

II *Sorpresa e incredulidad ante los primeros rumores de éxito*

A fines de 1532 marinos, que decían venir de Tumbes, hicieron correr el rumor de que Francisco Pizarro y su gente, después de casi dos años de vagar por tierra firme, se habían adentrado por fin en tierras del Imperio de los Incas. En octubre de ese año el alto funcionario de la Corte en Panamá, Licenciado Gaspar de Espinosa, informaba al Rey sobre la partida de Pizarro desde Tumbes, expresando al mismo tiempo sus temores de que, con apenas 150 hombres y 80 caballos, el capitán español pudiera cumplir su cometido (2).

Así mismo, por los primeros meses de 1533 corrió el rumor en Panamá de que, contra lo que todo el mundo había conjeturado, Francisco Pizarro y sus soldados habían llegado sanos y salvos a un pueblo sobre las montañas, en donde por ese tiempo se encontraba el Monarca más poderoso en las tierras de los incas. Esa noticia por entonces no tuvo otra confirmación, que el apresuramiento con que el entonces rico comerciante y antiguo capitán, Diego de Almagro, alistó doscientos hombres y los equipó generosamente, para darse con ellos a la vela con la mayor celeridad. Pero para quienes lo conocían de cerca esto era una clara señal de que las cosas con su socio habían salido bien y se esperaba sacar mucho oro de la empresa.

A comienzos de Julio de 1533 los marinos y mercaderes llegados de los mares del Sur contaban cosas realmente prodigiosas e increíbles. El 21 de ese mes Gaspar de Espinosa se apresuraba en informar al Rey sobre los fabulosos sucesos de Cajamarca, detallando la magnificencia de "Atabalico" al entrar en la plaza del pueblo, el sorpresivo ataque de los soldados de Pizarro, el cautiverio del Inca y la increíble oferta de oro para comprar su libertad. Sin embargo, alguien también susurraba por las calles de que el oro ofrecido por el Monarca de los incas sería únicamente un anticipo libre y voluntario, a cambio de ciertos servicios solicitados a la Corona española.

Poco después, los mercaderes que regresaban de Tumbes y Cajamarca se hacían lenguas sobre las cargas de oro y plata, que los incas habían entregado a los españoles de Pizarro. El 1º de agosto Espinosa informaba al Rey: "Fue Dios servido de dalles en las manos al mayor Señor de toda la tierra, que es un cacique que se dice Tubanco e con él pasados de los

dos millones de pesos de oro de minas por fundir, en que hay mucha cantidad de granos de diez e de ocho libras”.

Finalmente a los pocos días de esas noticias se rumoreó, casi al mismo tiempo, tanto la llegada de Hernando Pizarro (hermano del capitán de la expedición) con grandes cargas de oro para el Rey, como el súbito ajusticiamiento de quien las había entregado.

III *Las “variadas nuevas” y el informe de Hernando Pizarro*

Hernando Pizarro, al mando de una escolta reducida pero respetable, llegó a Panamá en la primera quincena de agosto de 1533 e hizo trasladar a lomo de mula su cargamento de metales preciosos; pero tal fue la reserva observada por él, que ni siquiera Gaspar de Espinosa, con ser alto funcionario de la Corona en esa población, logró conseguir nuevas informaciones.

El hermano del jefe de la expedición, en vez de dirigirse del puerto de Nombre de Dios sobre el Caribe a Sevilla, se desvió hacia la Isla Española y ahí se detuvo por algún tiempo, verosíblemente en espera de nuevas remesas de oro, anunciadas desde San Miguel de Chira a 150 kilómetros de Tumbes. Durante su estadía pudo enterarse de diversas versiones populares sobre el origen del tesoro que llevaba. Unos decían que aquel oro era exclusivamente para el Rey, junto con el que habían retenido los conquistadores, pues esa había sido la voluntad de su donante. Otros sostenían que aquel cargamento representaba el Quinto Real sólo de una parte de los tesoros recibidos, habiendo sido mañosamente ocultado el faltante para no pagar impuestos. Para refutar estas dos acusaciones o “variadas nuevas”, Hernando Pizarro resolvió escribir una carta (3) al Cabildo de la ciudad de Santo Domingo, “para que sean informados de la verdad”. En el documento escrito aparentemente por puño y letra de Hernando Pizarro para “los Señores Oidores de la Audiencia” no confirmaba aquel otro rumor popular de Panamá sobre la total derrota del ejército de Atahualpa, aclarando que el encuentro en la plaza de Cajamarca no pasó de una refriega por vía de escarmiento sin consecuencias, después de la cual las relaciones amistosas entre el Inca y los españoles se habían vuelto a estrechar. Como prueba de esa amistad el Monarca

indígena había aceptado licenciar a su inmenso ejército y obsequiar a sus huéspedes con diez mil tejuelos de oro y una habitación entera llena de objetos del mismo metal. Gracias a las diligencias suyas propias y de los otros españoles en apresurar la efectivización de la entrega, se había recibido y hecho reparto justo entre la tropa de aquel tesoro, cuyo Quinto Real se encontraba llevando al Rey de España. Esperaba todavía nuevas remesas de metales preciosos, logrados por sus compañeros con posterioridad a su salida. Antes de terminar su carta declaraba también haber recibido noticias de que el Monarca Inca había sido ajusticiado, por cuanto ellos le habían sorprendido conspirando contra sus vidas.

IV *La increíble pero aceptada "VERDADERA RELACION"* *de Francisco de Jerez*

La llegada a Sevilla de Hernando Pizarro y su comitiva a comienzos de 1534 y, sobre todo, la entrega a Carlos V en Calatayud del Quinto Real y magníficos presentes adicionales, escogidos de entre los fabulosos tesoros conseguidos por la tropa de Pizarro en la conquista del Imperio de los Incas, fue una de las noticias más sensacionales de aquel año en la Corte de Toledo y su fama se extendió rápidamente por el Reino y las posesiones españolas en Europa. De esa manera, cuando en Julio de 1534 el secretario de Pizarro, Francisco de Jerez, llevando su legajo de manuscritos titulados VERDADERA RELACION DE LA CONQUISTA DEL PERÚ Y PROVINCIA DEL CUZCO (4) llegó a Sevilla y en aquel mismo año publicó su muy breve libro, el ambiente de la Península estaba preparado para recibirlo y lo hizo con entusiasmo.

No eran las exquisiteces de estilo lo que seducía a los lectores, en aquel librito que circulaba de mano en mano, sobre todo en ciudades como Sevilla, Toledo, Salamanca y Valladolid. Les fascinaba ver cómo las gestas fabulosas, en que tanto habían soñado con las novelas de Caballerías, de pronto en aquel libro las encontraban hechas realidad. Aquel capitán español de las Indias, designado con el desconocido nombre de Pizarro, venía a ser la encarnación de Don Cuadragante en el Amadís de Gaula escrito por Garcé Rodríguez de Montalvo. El novelista de Caballerías había escrito de su héroe en el Libro IV: "Así como fuese la más

prisa de la batalla y el mayor ruido de las grandes voces, ocurrieron allí muchos caballeros... entre los cuales vino Don Cuadragante; y como llegó y vio la revuelta... metióse muy recio por todos y echó mano del Rey". Por su parte, este testigo ocular de los hechos ocurridos allá en las regiones infieles de las Indias, contaba lo visto por sus ojos, diciendo: "Luego el Gobernador, con los españoles que con él estaban, entró por medio de los indios y con mucho ánimo, con solos cuatro hombres que le pudieron seguir, llegó hasta la litera donde Atahualpa estaba y sin temor le echó la mano del brazo izquierdo, diciendo: ¡Santiago!"

Así, pues, lo que al lector ordinario le encantaba en ese pequeño libro de Jerez era saber que lo que en él se decía era una realidad tan luminosa como los sueños más exóticos e imposibles de los libros de Caballerías. Estaba cierto de que los caballeros, que arremetían contra aquellas muchedumbres de infieles y los ponían en fuga precipitada, eran hombres de carne y hueso nacidos en España y dueños de inmensos caudales de metales preciosos, arrebatados a los indios en batallas de todo en todo desiguales. Con el entusiasmo que despertaba su lectura, episodios de suyo absurdos e inverosímiles como el de la batalla de Cajamarca, en el cual Jerez afirmaba que en media hora los españoles dejaron tendidos en el campo dos mil cadáveres de infieles, sin que ellos recibieran el más leve rasguño, eran aceptados como auténticos en fuerza del fervor caballeresco de la época.

Sin embargo, no todos los lectores experimentaron la misma fe ciega en las hazañas descritas por Jerez. El ajusticiamiento de aquel cacique indio, que para su rescate había entregado tanto oro a los cristianos, a pesar de lo cual ellos lo habían condenado a muerte, ese final, en que venían a parar todas aquellas gestas fabulosas, pronto se lo enfocó bajo el ángulo de la moralidad, y de la Universidad de Salamanca se levantó el primer grito de protesta en la voz del célebre catedrático Francisco de Vitoria. Su protesta halló eco inmediato en otro clérigo, Bartolomé de Las Casas, bien conocido en España y en las Indias, por el ardor con que denunciaba los abusos de los españoles en América.

Además del ajusticiamiento de Atahualpa, bien pronto en España se cuestionó también sobre la veracidad misma de los hechos narrados por Jerez. Entre los escépticos el primero de todos fue precisamente la persona más augusta y caracterizada del Reino, de quien quizás menos

se podía esperar dudas, por haber sido favorecido directamente con parte de aquellos fabulosos tesoros de las Indias.

V *Incredulidad de Carlos V*

El Emperador, quien, mientras se hallaba presidiendo las sesiones de las Cortes en Calatayud, había recibido de manos del propio Hernando Pizarro el cargamento de oro correspondiente al Quinto Real y, por añadidura, otro cargamento más valioso aún de muestras escogidas de orfebrería incaica, retribuyendo a su vez al donante con toda clase de privilegios y concesiones territoriales para los jefes de la conquista, pronto comenzó a dudar sobre la versión de los acontecimientos dada por Hernando Pizarro en la entrevista. Esa duda verosímelmente se originó de una carta (5), escrita el 7 de Junio de 1533 desde el teatro mismo de los hechos, por el único fraile que había quedado en la expedición de Francisco Pizarro, el Padre Vicente de Valverde.

Una vez conocida dicha carta por la Reina, su Consejo de Indias y finalmente por el Emperador, las reacciones por ella originadas fueron las más extrañas que se pueden imaginar. En primer lugar se retuvo a Hernando Pizarro en Toledo; luego se estimó de toda urgencia ordenar a Francisco Barrionuevo, Lugarteniente y Gobernador de Castilla de Oro, requisar en Panamá todo barco que viniera del Perú y averiguar a sus pasajeros sobre el paradero de Francisco Pizarro y Diego de Almagro (6); finalmente se llamó a Toledo al Padre Vicente de Valverde.

Mientras el Fraile recibía aquella orden y se ponía en camino desde Jauja, quizás por algún tipo de arreglo a que se llegara con Hernando Pizarro, éste quedó autorizado para volver a las Indias en los últimos meses de 1534, cruzándose de hecho en el camino con Valverde.

El Dominicano sólo llegó a Toledo a comienzos de 1535. Durante su larga estadía en el convento de esa ciudad, sede de la Corte en ese tiempo, Valverde pudo informar al Emperador y a la Reina de todos los detalles vividos por él hasta la muerte de Atahualpa, los cuales de seguro venían a diferir radicalmente del comportamiento suyo fanático, inoportuno y positivamente sanguinario atribuido a su persona por Jerez, dando a la trama misma de la historia una orientación diametralmente opuesta,

pues, según lo que contaba, en Cajamarca no hubo victoria española de ningún tipo, ni se dio cautiverio alguno de Atahualpa, proviniendo el caudal de metales preciosos de un pago anticipado por servicios solicitados.

Con toda esta información, guardada en prudente reserva por la Corona, cuando Pizarro y sus conquistadores habían fundado en el Perú la Ciudad de los Reyes pero rehusaban dar cumplimiento a las ordenanzas reales, Carlos V verosíblemente sintió indignación ante el poco espíritu de obediencia y sacrificio en aquellos vasallos de las Indias y en 1536 escribió una carta enérgica al Cabildo de aquella ciudad, haciéndoles saber que él estaba perfectamente enterado de que Atahualpa había entregado su inmenso caudal de metales preciosos, no para los conquistadores a título de regalo ni rescate alguno, sino exclusivamente para la Corona española, a cambio de servicios que exigían inversiones pecuniarias; pero que él, a pesar de haber sido informado de este particular con oportunidad, no había demandado la devolución de aquel oro repartido entre capitanes y soldados, por haber tenido en cuenta todos los trabajos sufridos por ellos en la expedición.

La carta de Carlos V fue recibida por el Cabildo de Lima. Ante la noticia de que el Emperador conocía todos los trucos de que habían echado mano para apoderarse de aquel oro que no les pertenecía, el miedo, la vergüenza y la indignación hicieron que los personeros del Cabildo no archivaran la referida carta. Nada hubiera sabido de ello la posteridad, si un secretario imprudente del Cabildo, en el Acta del 23 de Octubre de 1536 suscrita por Domingo de la Presa, no hubiera reseñado lo siguiente (7): "En ese día sus Mercedes dijeron que su Majestad escribió una carta a este Cabildo, por la cual les hacía conocer que había sido informado que el rescate del cacique Atavaliba *le pertenecía*; e que, no embargante esto, había sido su Majestad servido de facer merced dello a los conquistadores de la tierra, teniendo respeto a sus trabajos; e que se tenga por servido que, teniendo consideración a esto, le hiciesen algún servicio".

VI *Significativo silencio de Cieza de León*

La versión de Carlos V, que negaba el título de propiedad a los conquistadores sobre los tesoros de Atahualpa, había desconocido implícitamente la veracidad de la victoria española en Cajamarca y el cautiverio de Atahualpa. Tal versión, diametralmente opuesta a la de Jerez en todos sus aspectos, por obvias razones de prudencia administrativa, en parte se destruyó y en parte fue a sepultarse en los archivos del Cabildo de Lima y del Consejo de Indias en España. Igual suerte había corrido antes la versión de Hernando Pizarro, la cual quedó enterrada también en los archivos de la ciudad de Santo Domingo de la Isla Española. En cambio, la versión de Jerez fue la que en los años posteriores prevaleció, sirviendo de matriz para las historias compuestas en Santo Domingo por Oviedo, en España por Gómera y en el Perú por el fiscalizador Zárate, el cual por sus múltiples ocupaciones se limitó a transcribir al menos lo sustancial de la versión ampliada y literaria de Jerez, recientemente publicada por Gómera en Zaragoza.

Pero un muchacho, llegado de España a las Indias a los quince años de edad, llamado Pedro Cieza de León, el cual finalmente había ido a parar al Perú en calidad de soldado raso, se sintió invenciblemente atraído por las ruinas misteriosas de aquel Imperio de los incas recientemente desaparecido. Enseñado por aquella especie de obsesión, se resolvió a recorrer a pie el casi intacto 'camino real del Inca' desde Quito hasta el Cuzco, deteniéndose en cualquier punto de interés todo el tiempo que hiciera falta, para efectuar sus indagaciones y tomar nota de los resultados en el mismo sitio. Las conjeturas a que llegó después de esta larguísima pero conscienczuda peregrinación fueron inesperadas y sorprendentes. Se las puede resumir en estas sus palabras (8): "Los incas hicieron tan grandes cosas y tuvieron tan buena gobernación, que pocos en el Mundo les hicieron ventaja".

Este soldado raso por profesión pero investigador genial por temperamento, quien hoy día ha venido a convertirse en guía infaltable de los arqueólogos norteamericanos y europeos, había llegado a formarse un concepto verdaderamente colosal sobre las estructuras del Tahuantinsuyo en el orden administrativo, económico y militar. Por otro lado, conocía en detalle, por los auténticos veteranos de Cajamarca con quienes había

conversado en todas partes, las excepcionalmente precarias fuerzas militares de Pizarro en Cajamarca. Para él, pues, posiblemente resultaba una especie de cuento de hadas la historia escrita por Jerez, que corría de mano en mano no sólo en España sino también en los territorios del Perú. Pero ¿cómo podía él, simple soldado raso de las Indias hacer algo a favor de la verdad? Publicar lo que a él le parecía la historia auténtica de Cajamarca, habría sido igual a anudarse él mismo la soga al cuello para la horca, en aquellos días en que, asesinados Diego de Almagro y Francisco Pizarro, todo el antiguo territorio del Tahuantinsuyo ardía en guerras fratricidas, llevando la ventaja Gonzalo Pizarro, el último de los falsos héroes de la farsa. Así, pues, verosímelmente Cieza de León optó por la única solución a la mano: terminar su historia DEL SEÑORIO DE LOS INCAS con la victoria final de Atahualpa sobre Huáscar a la llegada de los españoles, para reanudarla quince años más tarde con su nuevo libro sobre LA GUERRA DE QUITO.

VII *Las explicaciones milagrosas del Siglo XVI*

A pesar del silencio observado por Cieza de León con respecto a los episodios de Cajamarca, su libro DEL SEÑORIO DE LOS INCAS tuvo una fantástica acogida en España, mereciendo al comienzo una nueva edición año tras año. La gran realidad, que aquella obra ponía por vez primera al descubierto, era la contextura monumental del Tahuantinsuyo, recientemente desaparecido a la llegada de los españoles. La afirmación objetiva y concreta de esta verdad venía a despertar muchas dudas y preguntas sobre la veracidad de la historia de Jerez en la batalla de Cajamarca, el cautiverio de Atahualpa y aquel presunto rescate suyo pagado en oro para la compra de su libertad. Semejante incertidumbre venía a fortalecer el viejo escepticismo de los criollos españoles establecidos en los antiguos territorios ricos del Tahuantinsuyo, los cuales no veían proporción alguna posible entre la mínima tropa de Pizarro y la feroz muchedumbre, que habitaba en aquellos territorios interminables. Así, pues, consciente o inconscientemente comenzaron a fermentar nuevas razones, que en alguna forma pudieran hacer creíble la historia de Jerez. Dentro del ambiente crédulo y piadoso de aquellos colonos, se



puso entonces en juego el factor sobrenatural y comenzaron a inventarse los milagros, al darse la batalla entre incas y españoles en la plaza de Cajamarca.

Un ejemplo típico de semejante forma de explicar aquellos sucesos, estimados como físicamente imposibles, es la historia escrita por un fraile Mercedario, el Padre Pedro Ruiz Naharro. Los Mercedarios no llegaron a estas regiones de Sudamérica sino posiblemente por el año de 1538. Tampoco se sabe a ciencia cierta la fecha en que el Padre Naharro llegó al Perú ni compuso su obra: RELACION SUMARIA DE LA ENTRADA DE LOS ESPAÑOLES AL PERU HASTA QUE LLEGO EL LICENCIADO VACA DE CASTRO, aunque parece que fue concluida en las últimas décadas del Siglo XVI.

Pues bien, este piadoso y visionario religioso, al momento de describir la batalla de Cajamarca, afirma que los incas no pelearon, "por el miedo que les causó la visión de una Señora, que con un Niño en los brazos y un hombre vestido de blanco sobre un caballo del mismo color, con una espada en las manos, acompañaban a los conquistadores, matando más indios el hombre blanco, que todos los españoles juntos".

Hoy día ni siquiera los frailes creen en esta clase de milagros. Pero para nosotros es de gran interés descubrir también aquí, a raíz de los esfuerzos hechos por aquellos piadosos criollos del Siglo XVI, la desproporción, que hallaron entre incas y españoles dentro de la trama ideada por Jerez, y la necesidad de una intervención milagrosa de Dios, para sacar verdadera aquella historia que se iba convirtiendo en tradicional.

VIII *Esfuerzos por la verosimilitud del Inca Garcilaso*

Una vez sepultadas en los archivos las explicaciones humanas de Hernando Pizarro y el Emperador Carlos V y compelido el público intelectual y ordinario a atenerse a la 'historia tradicional' desarrollada sobre la trama de Jerez, aquel Tomo Primero de la Segunda Parte de los COMENTARIOS REALES, escritos por el Inca Garcilaso de la Vega, representa un nuevo y original esfuerzo hacia su racionalización. Este intento obviamente provenía de América, en donde aquel viejo problema de la verosimilitud se tocaba con la mano y del cual en España, tratán-



dose de los 'indios', nadie siquiera se preocupaba. A pesar de las obras escritas por Cieza de León sobre el Tahuantinsuyo, aquella obscura historia de Atahualpa en la Península no pasaba en realidad de ser un episodio más entre las muchas victorias españolas sobre los indígenas del Nuevo Mundo. Esta Segunda Parte de los COMENTARIOS REALES sólo llegó a publicarse a comienzos del Siglo XVII (1617), un año después de la muerte de su autor; pero representa el producto final de las conclusiones a que había llegado este letrado mestizo de América en las meditaciones de toda su vida, para explicar lógicamente la caída del inmenso Imperio de sus mayores al leve golpe de la tropa de Pizarro.

El Inca Garcilaso, aunque se veía forzado por la evidencia misma a admitir la ocupación española del territorio de sus mayores, en el fondo de su ser rechazaba aquella manera fácil y desprovista casi de fuerzas militares propiamente dichas, por medio de la cual los historiadores narraban su conquista. En el capítulo XXV de ese Tomo Primero escribe: "El General español y sus capitanes escribieron al Emperador la relación que los historiadores escriben; y, en contrario, con grandísimo recato y diligencia, prohibieron entonces que *nadie escribiese la verdad de lo que pasó*".

Sin embargo, este rechazo total del Inca Garcilaso hacia la 'historia tradicional' más se originaba de su instinto y de su sangre, que de documento histórico alguno en que pudiera cimentar su presunción. Descendiente directo por línea materna del célebre Inca Tupac-Yupanqui pero arrancado por el destino de su tierra a la edad de veinte años, este insigne modelo de tenacidad en la lucha por su autosuperación no contó con documentos escritos ni pruebas tangibles para componer una historia propiamente dicha y, así, tuvo que contentarse con formular algunos "comentarios".

Al cabo de toda una vida de meditación para dar con la causa proporcionada entre la grandeza legendaria del Tahuantinsuyo, (innumerales veces pormenorizada por su madre y sus parientes americanos), y las posibles causas que provocaron su colapso, desechó como absurda la teoría militarista de Jerez y creyó hallar una respuesta adecuada únicamente en el elemento sobrenatural y las deformaciones que sufre entre los hombres con la superstición. Para la victoria española en la plaza de Cajamarca, aduciendo el testimonio presumiblemente indirecto

del Padre Blas Valera, introduce, también él, el factor 'milagro', no en la forma espectacular y clamorosa de Naharro, sino de una manera invisible pero no menos eficaz. En el capítulo XXV de su Primer Tomo escribe: "Aquí dice el Padre Blas Valera que, como Dios nuestro Señor, con la presencia de la Reina Ester, trocó en mansedumbre el ánimo enojado del Rey Asuero, así con la presencia de la santa cruz, que el buen Fray Vicente de Valverde tenía en sus manos, trocó el ánimo airado y belicoso del Rey Atahualpa, no sólo en mansedumbre y blandura, sino en grandísima sumisión y humildad, pues mandó a los suyos que no peleasen (9)".

Pero este supuesto milagro, que según Garcilaso explica eficientemente la victoria española en Cajamarca y el cautiverio de su Soberano, no alcanza a motivar muchos otros episodios de la 'historia tradicional' antes y después de la batalla. Por eso Garcilaso echa mano de un segundo elemento, que ya no es propiamente sobrenatural sino por deterioro. Tal elemento habría sido la superstición, la cual sin embargo ejerce en el hombre influencias incontrastables de enajenamiento e inhibición. Para introducirla en sus "comentarios" como factor vivo y operante apela a ciertas profecías antiguas que habrían existido en el Tahuantinsuyo, de acuerdo a las cuales ya estaba anunciada la venida de los españoles pero, no como hombres de carne y hueso, sino en calidad de dioses, enviados al Tahuantinsuyo por el misterioso Principio de todas las cosas, el Espíritu de Viracocha. Explicación, a la verdad, muy ingeniosa, que, de haber sido confirmada por los cronistas originales, hubiera bastado para mostrarnos la razón de una larga serie de episodios de suyo absurdos e increíbles desde la llegada de los españoles a las playas de Tumbes.

Hoy día, aunque no admitamos ni el hipnotismo de Atahualpa por medio del crucifijo de Valverde ni los efectos paralizadores de las profecías por no hallar confirmación en los cronistas originales, reconocemos sin embargo en Garcilaso el talento superior del hombre que sabe pensar con su propia cabeza y, habiendo constatado la falta total de proporción entre las fuerzas militares de Atahualpa y la mínima tropa de Pizarro, no se dejó arrastrar por la fe gregaria de su época sino que se esforzó en buscar poderes trascendentes, que hicieran posible explicar racionalmente la caída del Tahuantinsuyo.

IX *Esfuerzos por la verosimilitud del Padre Juan de Velasco*

Siglo y medio más tarde, la HISTORIA DEL REINO DE QUITO (10), compuesta por Juan de Velasco, representa un nuevo conato para conferir verosimilitud a la 'historia tradicional' de Atahualpa en Cajamarca. Al igual que en el caso del Inca Garcilaso de la Vega, el gran mérito de este historiador criollo consiste en haber comprendido la falta total de proporción de fuerzas en la batalla de Cajamarca, mientras en España el pueblo y los letrados ya se habían olvidado de los libros de Cieza de León sobre la magnificencia del Tahuantinsuyo, concretándose a amplificar la imposible historia de Jerez.

A través de sus muchos viajes a diversos puntos de lo que hoy día se conoce como territorio ecuatoriano y después de repetidas visitas a las ruinas incaicas de Ingapirca en sus afanes de pionero en la arqueología de los incas, Velasco llegó también a adivinar o intuir las proporciones verdaderamente monumentales del Tahuantinsuyo, cuyo poder militar logró adueñarse del gran REINO DE QUITO, arrancado por él de las sombras de la Prehistoria, gracias a los hilos invisibles y sutiles de la tradición oral de los nativos.

Velasco ciertamente no estaba seducido por compromiso alguno sentimental con las stirpes indígenas, pues por sus venas no corría otra sangre que la del criollo español establecido en América por varias generaciones. Fiel a la formación aristotélica y suareciana de la Institución Jesuítica a que se pertenecía, rechazó la posibilidad de una intervención directa y milagrosa de Dios en el caso de Atahualpa. Pero, en cambio, basado en los manuscritos jamás hallados después de Fray Marcos de Niza y en los COMENTARIOS REALES del Inca Garcilaso, se adhirió plenamente a la única teoría plausible para él dentro de sus conocimientos, la del poder alucinante de la superstición. Esta era par él la razón primera y universal, para explicar aquella especie de atrofia del instinto de conservación en Atahualpa y sus vasallos, a pesar de verse inminentemente amenazados por la muerte violenta o el cautiverio. Al referirse a la batalla de Cajamarca, comenta: "Es en vano ocurrir (como lo hacen algunos) a la sorpresa y turbación de los Indianos, para pelear, y a la del Inca para no dar la orden, cuando consta por Niza y Garcilaso que la dio positivamente contraria, mandando que no ofendiesen a los extran-

jeros, por ser los mensajeros de los dioses". Según Velasco, este poder enervante y paralizador de la superstición no afectó únicamente a Atahualpa en el momento de la batalla sino en general a todos sus vasallos en los extensos territorios del Tahuantinsuyo. Estas son sus palabras: "La predicción conocida por todos y vulgarísima aun en las partes más remotas del Imperio, fue el motivo, dice Niza, de que todos ellos fuesen llamados Viracochas".

En su afán por demostrar una proporción existente entre el multitudinario ejército imperial del Inca y la exigua tropa de Pizarro, nuestro historiador añade a la anterior una nueva superstición, no universal como la primera sino local y pasajera, pero los efectos no menos fulminantes, suscitada únicamente en la víspera de la batalla. Refiriéndose a lo escrito por Fray Marco de Niza, Velasco escribe: "Tenía esta predicción (añade) en la provincia de Quito la adjunta circunstancia de que, para previa señal de cumplirse la predicción de Viracocha, había de hacer su primera erupción el monte Cotopaxi. La erupción la hizo efectivamente, arrojando toda su cumbre, la víspera de la prisión del Inca". En esta breve síntesis no queremos observar al respecto sino que la erupción del Cotopaxi, aducida por primera vez en la *HISTORIA GENERAL Y NATURAL* de Gómera y repetida luego en los *ANALES* de Herrera, según estos autores sólo ocurrió una vez, algunos meses más tarde de la muerte de Atahualpa. Pero Juan de Velasco, basándose presumiblemente en el testimonio de Niza y usando este fenómeno telúrico como razón adecuada para avivar la superstición de los Incas, coloca esta "primera" erupción durante el día anterior de la batalla en la plaza de Cajamarca. Sin embargo, esta presunción del Padre Juan de Velasco no tiene visos de realidad, tanto por la falta de confirmación documental de parte de los testigos presenciales, como por la misma distancia existente entre el Cotopaxi y el pueblo de Cajamarca, que hubiera hecho imposible no sólo ver la erupción sino aun localizar el origen del posible terremoto consiguiente en forma instantánea, la víspera de la refriega de la plaza.

A pesar de que tales supersticiones, de haber sido reales, habrían bastado por sí solas para explicar la supuesta narcotización o enajenamiento de Atahualpa y sus vasallos ante los atacantes de ultramar, Velasco no se contenta con eso sino que parece querer agotar el tema de las posibles causas de la derrota de los incas y con ese objeto baja ya al

plano humano de los combatientes, engrandeciendo el potencial bélico de los invasores y achicando las fuerzas militares de Atahualpa. Para conseguir esto último, Velasco coloca el verdadero ejército del Imperio en los lugares avanzados de Jauja y el Cuzco, dejando para Cajamarca únicamente un batallón de cinco mil "reclutas", que se habrían hallado casualmente en ese pueblo, procedentes de Quito y de paso para el Callao. A esto finalmente añade la supuesta traición de Rumíñahui en el momento preciso del enfrentamiento, el cual "en vez de acudir al socorro de su Soberano, marchó hacia Quito con sus cinco mil hombres, formando desde entonces el designio de apoderarse de aquel Reino". Por otro lado, para engrandecer en lo posible la fuerza militar española llegada a Cajamarca, atribuye a Pizarro un talento militar superior al ocupar en la población los puntos más estratégicos "y disponer en ella su meditado artificio". Luego pondera el valor y eficiencia de los soldados españoles, diciendo que "no hubo tiro que no fuese fatal a los atónitos y sorprendidos Indianos". Finalmente pone en sus manos "cuatro piezas de artillería" y por lo menos "veinte fusiles", todo lo cual no está ciertamente de acuerdo con lo que nos dicen los testigos oculares.

Semejantes especulaciones del Padre Juan de Velasco hoy día nos pueden parecer vacías y arbitrarias; pero su mérito excepcional consiste en haberse dado cuenta durante aquella época del verdadero problema por explicar o sea el colapso de un Imperio tan poderoso, ante la presencia de un puñado de asustados soldados de ultramar.

X *Esfuerzos por la verosimilitud del erudicionismo histórico del Siglo XIX*

A pesar de todas las teorías y especulaciones ideadas para hacer verosímil y aceptable la 'historia tradicional' de Cajamarca, episodios como la batalla en la plaza del pueblo, el cautiverio del Inca sin reacción vital alguna de su parte ni de parte de sus vasallos y la entrega de un fabuloso rescate sin pedir garantías de ninguna especie, seguían pareciendo actuaciones humanas intrínsecamente absurdas e increíbles, para quienes se detuvieran a examinarlas. Así, pues, a mediados del Siglo XIX el historiador norteamericano, William H. Prescott, creyó poder

desvanecer definitivamente ese sabor a imposible en la historia de Atahualpa, aplicando a este tema los métodos erudicionistas en el campo de la Historia, ya usados en los otros países de Europa desde hacía mucho tiempo. Su sistema consistía en desenterrar y someter a examen cuantos documentos fuera posible encontrar de la época histórica por reconstruir, para en esa forma llegar al fondo mismo de la verdad.

Prescott desplegó una actividad realmente formidable en localizar, clasificar y dar a la imprenta lo más interesante e ilustrativo de los manuscritos pertenecientes a este tema a lo largo del Siglo XVI. Historiadores tan notables como en España Marcos Jiménez de la Espada, en el Ecuador Carlos Manuel Larrea y en el Perú el Doctor Porras Barrenechea, secundados por una larga serie de eruditos historiadores, han venido prestando su esfuerzo en este sentido a lo largo de un siglo entero, con resultados indudablemente positivos a favor de la verdad en sí. Pero, contra lo que muchos de ellos esperaban, al efectuar el balance final de una tarea investigadora y editorialista tan encomiable, se diría que el tabulador del presente ha arrojado un saldo más bien negativo para la 'historia tradicional' de Atahualpa en Cajamarca.

Entre los testigos presenciales de los acontecimientos de Cajamarca, además de Francisco de Jerez, cuya VERDADERA RELACION había monopolizado por tres siglos esta cualidad de reportero directo, se localizó y puso en circulación la CARTA de Hernando Pizarro; se descubrieron tres relatos muy antiguos, entre los cuales se detectó en uno de ellos el nombre de Miguel de Estete, quien, de acuerdo al catastro de Pedro Sancho, era soldado de caballería de Pizarro; se desempolvaron de una biblioteca y tradujeron del Italiano al Castellano ese CATASTRO de Pedro Sancho de la Hoz y su propia RELACION, en calidad de último soldado-secretario de Pizarro; ya en el Siglo XX se han editado también LAS ADVERTENCIAS de otro soldado de caballería, Juan Ruiz de Arce; finalmente desde 1940 disponemos también de la crónica de un soldado de infantería de Pizarro, Diego de Trujillo. A estos reporteros, que, sometidos a todas las pruebas actuales de la Crítica, aparecen como auténticos testigos presenciales, muchos erudicionistas han añadido el nombre de Pedro Pizarro con su obra: RELACION DEL DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE LOS REINOS DEL PERU.

Con respecto a los relatos de testigos más o menos indirectos del Siglo XVI, además de los que ya hemos mencionado anteriormente (Gaspar de Espinosa, Carlos V, Cieza de León, Ruiz Naharro y el Inca Garcilaso), el movimiento erudicionista iniciado el Siglo XIX ha puesto en nuestras manos el corto escrito de Juan de Sámanos sobre los viajes anteriores de Pizarro; una CARTA de Cristóbal de Molina, soldado a órdenes de Diego de Almagro en su expedición a Chile, quien en 1539 escribió al Emperador enalteciendo los servicios de su jefe y compuso una RELACION DE LA CONQUISTA Y POBLACION DEL PERU; la SUMA Y NARRACION DE LOS INCAS, compuesta en 1551 por Juan de Betanzos, soldado venido a América tal vez con el mismo Pizarro pero para su tercer viaje dejado en Panamá e incorporado posteriormente a su servicio, cuyo escrito se conserva hoy día terriblemente mutilado; las dos HISTORIAS compuestas por Fray Bartolomé de Las Casas; la HISTORIA DEL MUNDO NUOVO, producida por Girolamo Benzoni, un italiano llegado a Guayaquil en 1537 pero expulsado por La Gasca a causa de su ciudadanía extranjera; la HISTORIA DE LAS GUERRAS CIVILES DEL PERU, elaborada por Gutiérrez de Santa Clara, soldado de Pizarro pero después de la muerte de Atahualpa; la Primera y Segunda Parte de la HISTORIA DEL PERU de Diego Fernández Palencia, escrita en 1571; la HISTORIA GENERAL Y NATURAL DE LAS INDIAS de Gonzalo Fernández de Oviedo, una obra histórica propiamente dicha pero apenas en "borrador" (Prescott) o en "bosquejo" y plagada de "contradicciones" (Jiménez de la Espada); la HISTORIA GENERAL DE LAS INDIAS, redactada desde Zaragoza por Francisco López de Gómera ya en 1552 con estilo agradable pero informaciones muchas veces enigmáticas o falsas; la HISTORIA DEL DESCUBRIMIENTO Y LA CONQUISTA DE LA PROVINCIA DEL PERU, informe compilado por el fiscalizador real Agustín Zárate después de una visita de doce años al Perú y publicada en Amberes en 1555; la HISTORIA DEL PERU, compuesta en Quito por el Presbítero Miguel Cabello Balboa con datos de relativo interés, por llegar su autor a afirmar que Cajamarca es "un puerto marítimo" por donde se pasa a Puná y otros datos, que denotan claramente la poca erudición geográfica e histórica de la época; la HISTORIA DE LOS INCAS de Pedro Sarmiento de Gamboa, redactada por el año de 1572 pero a impulsos del odio y desprecio hacia el indio

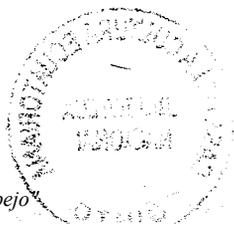
americano; la RELACION DEL LINAJE DE LOS INCAS Y COMO EXTENDIERON ELLOS SUS CONQUISTAS, compuesta por Juan Polo de Ondegardo en 1560 y varios escritos suyos hasta 1575. No queremos cansar al lector con las citas de todo cuanto se escribió en el Siglo XVI haciendo alusión directa o indirecta a Cajamarca; pero le advertimos que, para abordar hoy día eficientemente el tema de Atahualpa en Cajamarca, además de los autores que hemos nombrado y hemos omitido, habría que revisar íntegramente la COLECCION DE DOCUMENTOS INEDITOS PARA LA HISTORIA DE ESPAÑA, publicada en Madrid desde 1842; la COLECCION DE DOCUMENTOS INEDITOS RELATIVOS AL DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA, editada también en Madrid de 1864 a 1884; El Primero y los demás libros de los CABILDOS DE LIMA, publicados en el Perú, etc., etc. Tal ha sido el admirable resultado del erudicionismo histórico, promovido por Prescott desde 1840.

Sin embargo, hemos dicho que el balance hecho en el Siglo XX de esta incomparable frondosidad editorialista parece ser enigmático y aun contradictorio, por los hechos que enumeramos a continuación.

1.—La tendencia abrumadoramente mayoritaria tanto de reporteros directos como de testigos indirectos de Cajamarca es la de afirmar la versión original de Jerez, según la cual en la plaza de Cajamarca hubo una batalla campal y una derrota definitiva de las fuerzas militares del Tahuantinsuyo, la cual trajo como consecuencia el cautiverio de Atahualpa y el pago de un cuantioso rescate en metales preciosos, que no logró librarle del ajusticiamiento. Desafortunadamente la verdad de los hechos históricos muchas veces no se la suele encontrar por la simple creencia de las gentes, como si se trataran de hacer elecciones democráticas, sino por la calidad personal de los votantes o testigos, pues el saber no es cuestión de masa sino percepción directa de la realidad. Hernando Pizarro, el cual nos dio su versión de los hechos más a raíz de los mismos que ningún otro y los pudo conocer más a fondo por ser hermano del Jefe, reporta en la plaza de Cajamarca una refriega incidental con veinte o treinta muertos, después de la cual “el real (de Atahualpa) estaba tan lleno de gente como si nunca hubiera faltado ninguna”; no menciona en absoluto cautiverio alguno de Atahualpa y explica el origen de los caudales de oro y plata por él entregados como si ellos fueran un simple obsequio de

amistad del Inca hacia Pizarro y sus compatriotas. Carlos V, por su parte, al alegar para sí el derecho exclusivo de propiedad sobre esos tesoros, está negando que los mismos procedieran de un rescate de su Soberano después de la derrota de su ejército. El silencio de Cieza de León y las ciegas protestas del Inca Garcilaso están en contra de la versión de Jerez, mayoritariamente asimilada y difundida aun por los escritores del Siglo XVI.

2.—El erudicionismo histórico, aplicado al caso de Atahualpa desde mediados del Siglo XIX, no sólo ha destruído el monopolio de Jerez, en ese carácter tradicionalmente suyo de testigo presencial (al actualizarse o descubrirse los relatos de Hernando Pizarro, Estete, Pedro Sancho, Juan Ruiz y Diego de Trujillo), sino que, sin pretenderlo, ha contribuído poderosamente a su desprestigio como reportero directo. En efecto, en 1881 se dio a publicidad, entre la innumerable serie de DOCUMENTOS INEDITOS PARA LA HISTORIA DE ESPAÑA, una INFORMACION (11) para el Rey, ordenada por el Alcalde de Panamá, Juan de Panes, a petición de Diego de Almagro, comenzada el 25 de Abril de 1531 y enviada a España en Agosto del mismo año, escrito dedicado a subrayar "las pocas cualidades" de Francisco Pizarro como Jefe de la expedición de conquista y los méritos exclusivos de Almagro por haberla financiado con su propio endeudamiento. Lo curioso en este documento es que al pie del mismo aparece, clara e inconfundible, la firma de Francisco de Jerez, haciendo de testigo a favor de Almagro y en contra de Francisco Pizarro. ¿Cómo entonces pudo este sevillano haber sido testigo presencial de lo que nos cuenta, si la expedición de Pizarro partió de Panamá a comienzos de 1531 y, mientras Jerez estampaba su rúbrica en la INFORMACION de Juan de Panes, Pizarro y su gente habían pasado siete u ocho meses de aventuras y seguramente se encontraban en Coaque? No se puede precisar por documento alguno conocido hasta hoy día la fecha en que Jerez se incorporó a la expedición de Pizarro, pareciendo más verosímil conjeturar que lo hizo en compañía de su grande amigo, Diego de Almagro, a cuyo favor había suscrito un documento para el Rey en contra de Pizarro. De ser esto verdad, nuestro cronista sevillano sólo se habría presentado en Cajamarca en el mes de Abril de 1533, no habiendo consecuentemente podido ser testigo presencial de la supuesta batalla de la plaza, ni tampoco del presunto cautiverio



de Atahualpa, episodios éstos que sin embargo nos cuenta cómo si él los hubiera visto con sus ojos, al igual que lo había hecho al relatarnos la partida de Panamá. La crítica interna de su texto parece confirmar este mismo hecho, en pasajes tan claros como en el del retrato de Atahualpa, copiado literalmente del borrador de Estete. Esta presunción de la crítica moderna nos lleva a una conclusión mucho más grave con respecto a la veracidad de la historia de Atahualpa en Cajamarca: habiendo tomado el texto de Jerez como base cierta para sus escritos e historias todos cuantos abordaron este tema (excepción hecha obviamente de Hernando Pizarro, Estete, Carlos V, Ruiz, Trujillo y Cieza de León), parece lógico concluir que este testimonio multitudinario viene a ser errado, por haber escogido a un falso testigo presencial como fundamento seguro de sus afirmaciones.

3.—No queremos decir con esto que los otros testigos presenciales hayan negado rotundamente lo contado por Jerez. En primer lugar Hernando Pizarro no podía hacerlo, por cuanto para el tiempo en que escribió su CARTA, aunque existían ya “variadas nuevas”, Francisco de Jerez no había publicado su VERDADERA RELACION. Con respecto a los otros testigos presenciales, todos coinciden en general con la trama de nuestro cronista sevillano, aunque introducen detalles que socavan la credibilidad de lo que nos cuentan. Vamos a enumerar a continuación algunos de ellos, comenzando por Jerez, quien es el primero en incurrir en esta clase de contradicciones.

- a) El célebre historiador español, Marcos Jiménez de la Espada, había observado que “Jerez... cuenta los sucesos... sin penetrar en el fondo de ellos ni mostrar que comprende su alcance”. En la hipótesis de que no fue testigo presencial, sino que escribió su VERDADERA RELACION ya copiando de Estete, ya escuchando las diversas opiniones de quienes realmente se hallaron en los sucesos, este fenómeno parece plenamente humano y comprensible. De este hecho se originarían también las frecuentes contradicciones en que suele caer. Citemos un solo caso. El lector debe recordar el caso de aquel espía indígena, contado por el Sevillano, que había sido enviado por delante a Cajamarca de parte de los españoles y cayó en manos de los altos funcionarios de la Corte Imperial de Atahualpa. Dicho



espía trató de enaltecer en su presencia tanto el valor como la calidad de equipo bélico con que contaban los extranjeros; pero por este pasaje sabemos que los españoles no traían un solo arcabuz, pues el indio no los menta, cuando, de haberlos tenido, jamás hubiera omitido este detalle, haciendo referencia únicamente a “dos” falconetes o cañoncitos pequeños con encendido de mecha para lanzar bolas de piedra de 13 cmts. de diámetro; por el mismo pasaje sabemos que nuestros ‘conquistadores’ no llevaban armaduras de acero sino “sayos de algodón” ni yelmos (Trujillo pondrá una sola “celada” en la cabeza de Francisco Pizarro). Por otra parte la respuesta de los jefes incas al indio espía, según lo contado por Jerez, desvanecía toda posibilidad de pánico en un ataque por sorpresa: “Ellos dijeron que todo es nada; que los cristianos son pocos y los caballos no traen armas; que luego los matarán con sus lanzas . . . y . . . que de los tiros de fuego no tienen temor, que no traen los cristianos más que dos”. ¿No viene acaso este pasaje a contradecir abiertamente lo que nos cuenta Jerez como sucedido al día siguiente en la plaza de Cajamarca, en que por el pánico de los soldados incas su ejército imperial en pleno fue derrotado, con dos mil bajas en media hora de parte de los indios y ni un solo rasguño de parte de los españoles?

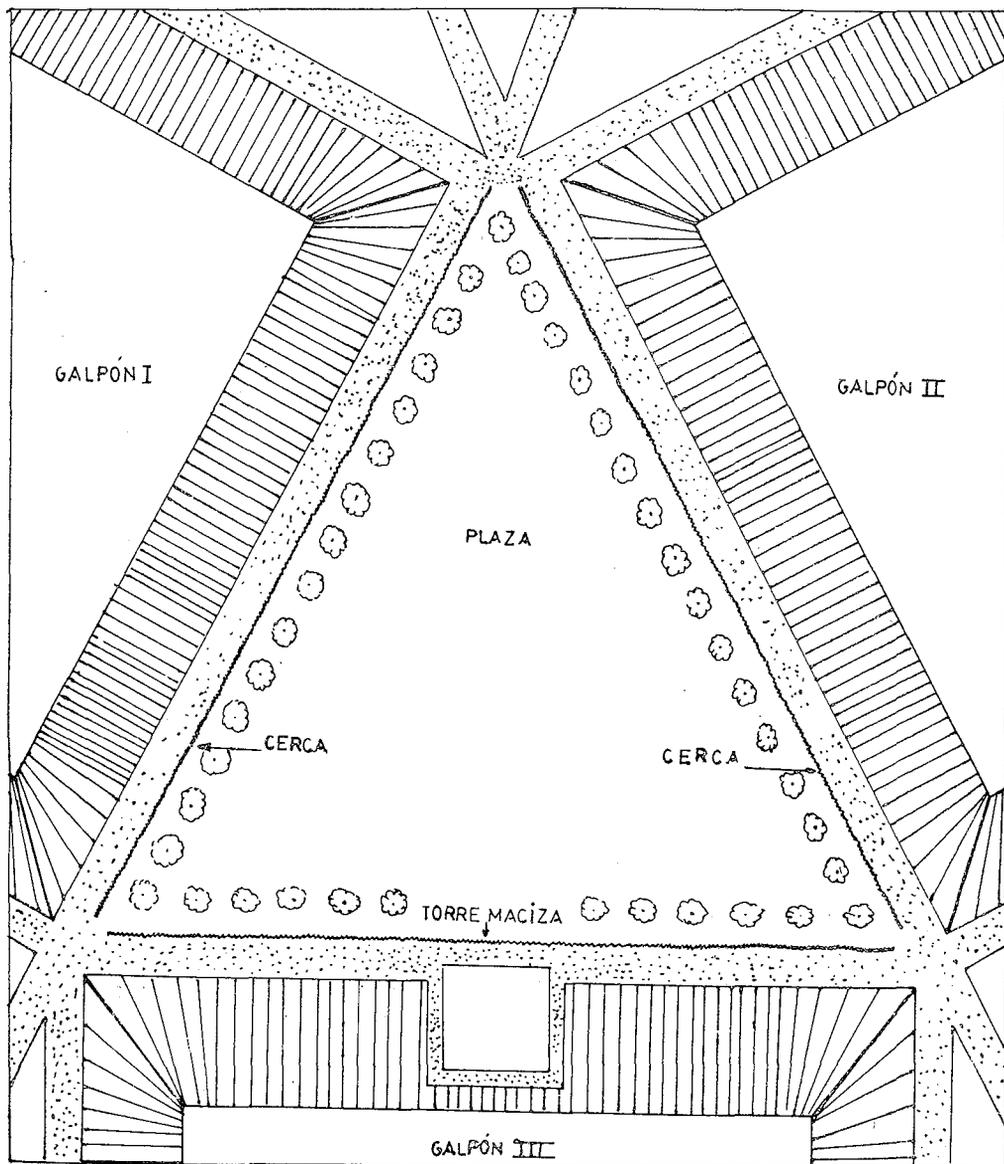
- b) Jerez no es el único que cae en contradicciones explícitas o implícitas a lo largo de su propia narración. Igual fenómeno se advierte en todos los reporteros directos de Cajamarca. Con respecto a Miguel de Estete citemos, así mismo, un solo caso. Este cronista nos informa ingenuamente que la tropa española de Pizarro experimentó “harto espanto”, al irse acercando al pueblo de Cajamarca y desde lo alto de las montañas descubrir de pronto en medio del valle el inmenso campamento del ejército imperial a órdenes de Atahualpa, “porque no pensábamos”, nos dice, “que indios pudiesen tener tanta soberbia estancia ni tantas tiendas ni tan a punto, lo cual hasta allí en las Indias nunca se vio”. Respecto a la superficie ocupada por aquel campamento, que el soldado de caballería también, Juan Ruiz, lo había de comparar a “una muy hermosa ciudad”, Estete nos dice: “El cual dicho real ocupaba más de legua y media del valle”. En términos modernos esta área quiere decir cerca de setenta millones de metros cuadrados, donde cómodamente podían alojarse de dos-

cientos a trescientos mil soldados. Siendo, pues, este el número de efectivos militares de Atahualpa en Cajamarca, ¿cómo iba a ser posible imaginar siquiera un enfrentamiento armado en la plaza de Cajamarca, si aquel inmenso ejército no habría cabido siquiera dentro de ella? Si a la ceremonia sólo asistió un pequeño regimiento del mismo ¿por qué no acudió el grueso del ejército imperial al presentarse la emergencia de un ataque sorpresivo? ¿Qué sucedió con aquellos contingentes militares intactos al día siguiente de la refriega? ¿Cómo no contraatacaron a los españoles a lo largo de nueve meses, cuando éstos se regaron por grupos reducidos en todas direcciones del Tahuantinsuyo? Así, pues, esta afirmación de Estete al momento de la llegada de aquel puñado de españoles al pueblo de Cajamarca viene a hacer inverosímil y contradictorio el resto de su propia historia.

- c) Cosa parecida sucede con las ADVERTENCIAS (12) escritas once años después de los sucesos por el soldado de caballería de Pizarro, Juan Ruiz de Arce. Este veterano de Cajamarca, vuelto a España y convertido en gran señor gracias a lo poco que comparativamente le tocó del oro de Atahualpa, al componer su crónica pretendía erigirse en modelo de 'conquistador' de las Indias ante sus descendientes en la Península y, por lo mismo, en su historia la palabra miedo brilla por su ausencia; además de eso, procura figurar él mismo como una especie de eje de la acción o, por lo menos, se gloria de haber estado presente y tomado parte en todas las hazañas. Sin embargo, su valiosa cualidad de describir al detalle el aspecto externo de las cosas, tal como las recordaba, le traicionó en más de una ocasión. Pongamos un ejemplo. Ruiz nos describe el centro de la población de Cajamarca en estos términos: "El pueblo de Caxamarca es en esta manera: está en una ladera de una sierra; en la sierra está una fortaleza. El pueblo está entre los aposentos donde nos aposentamos y la fortaleza. Eran tres aposentos. Cada aposento sería de doscientos pasos; estaban en triángulo. Entre aposento y aposento abajaba una calle del pueblo. Para entrar en la plaza estaban, entre estos aposentos, las esquinas que salían de los dos aposentos que salían al campo. Iba una muralla, hecha de pared, esquina de esquina. En el comedio de esta muralla estaba una torre maciza; sevíanse por de

CROQUIS DE LA PLAZA DE CAJAMARCA

CONFORMEA LOS TEXTOS DE HERNANDO PIZARRO, JUAN RUIZ Y DIEGO DE TRUJILLO.



Escala 1:1.000

fuera". Si a base de sus datos y los de Hernando Pizarro y Diego de Trujillo tratamos de hacer una representación topográfica de aquella plaza, a escala, partiendo del hecho de que el paso español de ese tiempo medía ochentitres centímetros, el plano que obtendremos será el siguiente:

El lector podrá ver aquí un gran triángulo equilátero, delimitado por tres grandes edificaciones (llamados aposentos por Juan Ruiz y galpones por Hernando Pizarro y Diego de Trujillo), con una longitud de ciento sesentiséis metros cada una y separadas en sus ángulos por calles que entran a la plaza, las cuales al subdividirse hacia el exterior hacían posible afirmar que "en Caxamarca había diez calles que salían de la plaza" (Diego de Trujillo). Aquellas edificaciones enormemente dilatadas estaban hechas de muralla o "pared esquina de esquina" o sea sin tipo alguno de puertas o ventanas en sus fachadas frontales, como lo confirma la arqueología de los incas, estando provistas de entradas sólo a sus extremos sobre las calles laterales. Hacia el centro del Galpón N^o III está representada la "Torre Maciza" o "Fortalecilla" de acuerdo a la denominación de Hernando Pizarro. Dentro de las ideas religiosas de los incas, aquella enorme plaza de 12.540 metros cuadrados no podía quedar desnuda de vegetación y, así, tendría más bien el aspecto de un parque, defendido del tránsito cotidiano por una cerca en todo su perímetro exterior. Distribuídas así las cosas sobre el terreno, del centro de aquella plaza o parque hasta los únicos puntos posibles de observación, ubicados hacia los extremos de aquellas edificaciones sin ventanas había noventa metros. Ahora bien, según Ruiz y los otros cinco reporteros directos (Hernando Pizarro, Estete, Jerez, Sancho y Trujillo), el famoso diálogo entre el Fraile Valverde y el Inca tuvo lugar "en medio de la plaza", cuando ésta se encontraba repleta de muchedumbre incas. Pero ¿qué hombre es capaz a noventa metros de distancia y en medio de la gente de distinguir los gestos en los rostros de dos personas que conversan? Y ¿quién tiene tan buen oído para escuchar distintamente las palabras que se dicen a noventa metros de distancia? ¿No es acaso esto físicamente imposible? ¿Cómo se explica el que justamente los seis testigos presenciales nos refieran un diálogo casi igual, si ninguno de ellos, por estar como consta por propia confesión dentro de aquellos edificios, pudo mi-

rarlo a través de las cercas, los árboles y las muchedumbres, ni menos escucharlo? ¿En qué consiste entonces el valor de las afirmaciones de aquellos testigos, quienes por otro lado sabemos que estuvieron realmente presentes en Cajamarca, excepción hecha probablemente de Jerez?

- d) Uno de los más grandes logros conseguidos por el erudicionismo del Siglo XX ha sido sin duda alguna el hallazgo y publicación de la RELACION de Diego de Trujillo (13), auténtico soldado de la infantería de Pizarro. Aunque a los treinta y ocho años de los hechos de Cajamarca no podía desmentir la gloriosa leyenda formada para ese tiempo en torno a ellos, sus recuerdos personales sobre las incontables penalidades sufridas desde la salida de Panamá hasta la llegada a las fronteras del Tahuantinsuyo parecen ser muy elocuentes y reveladoras. Ya nos hemos referido a su testimonio de la desertión en Panamá tanto de los antiguos soldados de Pizarro como de algunos nuevos traídos por él desde España. Puesta al fin en marcha la expedición, tan exiguas debieron ser las provisiones traídas para la pequeña tropa, que a escasos quince días de la partida ya no tenían qué comer y, según nos refiere este soldado de infantería, “ya no pensábamos en otra cosa sino hallar dónde comer”. A pesar de que su propio prestigio de veterano de Cajamarca no le permitía hablar de derrotas, nos las da a entender entre líneas, refiriéndose primero a los nativos (no incas) del pueblo de Coaque, quienes les lograron expulsar de su tierra, quemándoles las casas del pueblo: “luego se alzó (el cacique de Coaque) con toda su gente y nos quemó el pueblo, que no quedó más que un bohío, a donde todos nos recogimos y le defendimos que no nos quemasen”. Trujillo nos reporta también cómo el andar errantes por meses y meses de aquellos doscientos hombres, apremiados constantemente por la hostilidad de los moradores de esas regiones, debilitados por el hambre y las enfermedades tropicales y sin recibir refuerzo sustancial alguno de Panamá, acabó por quebrantar el ánimo temerario del mismo Francisco Pizarro, quien “estuvo determinado de se volver atrás, sino que Hernando Pizarro le dijo que no, aunque muriesen todos”. También es Trujillo quien nos informa cómo los exhaustos y desalentados expedicionarios españoles fueron invitados a su tierra por los isleños de Puná casi

por equivocación (se habían imaginado que todos los españoles eran como Molina); a pesar de los refuerzos recibidos en esa isla de cien hombres y cuarenta caballos llegados con Hernando de Soto, al momento en que aquellos isleños (no incas) resolvieron echarlos fuera, los españoles se sintieron impotentes para defenderse con sus armas y se vieron abocados a un cruce precipitado hacia el Continente. Habiendo chocado en Tumbes contra la 'cortina de hierro' del Imperio colectivista de los incas ("hallamos los indios alzados") y habiendo sido arrojados en definitiva fuera de sus fronteras hacia el desierto de Talara, gracias a Diego de Trujillo conocemos que aun a esas alturas "andando por el camino de la solana", no sabían siquiera por dónde quedaba el fabuloso Imperio de los incas: "Y entonces no se sabía que hubiese otra tierra poblada, como eran los llanos, y que la sierra era toda puna y nieves, ni tampoco si había nuevas de Atabalipa". Aunque en nuestra opinión Pedro Pizarro fue un falso testigo presencial, lo que nos cuenta que sucedió entonces con la tropa española lo debió probablemente oír de labios de los verdaderos veteranos de Cajamarca: "Aquí fue el gemir de los de Nicaragua (los soldados de Soto) y el echar maldiciones las gentes al Gobernador, diciendo que los trata perdidos en tierras remotas y de tan poca gente".

Pues, bien, todos estos detalles humanos de la tropa de Pizarro referidos por Trujillo vuelven cada vez más increíble los episodios centrales de la batalla de Cajamarca y el cautiverio de Atahualpa. En efecto, ¿cómo una tropa diezmada por la peste y por las luchas del camino en un 51%, expulsadas de todas partes por tribus o pequeñas naciones, tan reducidas como las de Coaque y Puná, exhausta al cabo de errar en medio del hambre por cerca de dos años, reducida al paroxismo de la desesperación al verse recluidos en un desierto sin salida, iba a ser capaz de derrotar de una sola vez y para siempre al ejército imperial del inmenso Tahuantinsuyo, siendo sus efectivos militares presentes en Cajamarca, aun dentro de los cálculos de Trujillo, de "más de cuarenta mil?"

Por lo tanto parece que podemos afirmar con fundamento que, al cabo de un siglo de esfuerzos por investigar todo documento escrito sobre el Imperio de los incas y la Conquista española durante el Siglo XVI, el

balance final es contrario a la historia de Jerez, convertida desde hacía mucho tiempo en 'historia tradicional' de Atahualpa en Cajamarca.

XI *Esfuerzos por la verosimilitud, hechos por el Profesor, Louis Baudin*

Este ilustre catedrático de la Universidad de París, antes de formular su teoría sobre EL IMPERIO SOCIALISTA DE LOS INCAS (14), parte justamente del fenómeno que acabamos de anotar, al escribir en la Introducción de su obra: "Los antiguos cronistas relatan hechos contradictorios y los escritores modernos los reproducen sin comentarios con la mayor despreocupación". Ante este curioso fenómeno de falta universal de lógica en historiadores antiguos y modernos con respecto al tema de Atahualpa en Cajamarca, Baudin es el primero que, después de haber cruzado el intrincado atolladero de la documentación escrita desde el Siglo XVI sobre el Imperio de los incas, busca una explicación más convincente y cree encontrarla en las secuelas psicológicas, que a su criterio daría lugar a un régimen socialista de gobierno.

Las teorías sobre el Socialismo de Estado, aparecidas por vez primera en el Mundo Occidental a mediados del Siglo XIX bajo la inspiración de los utópicos franceses, especuladas hasta el 'Materialismo Dialéctico' en Alemania e Inglaterra por Marx y Engels, y llevadas a la práctica por Lenin en una Rusia zarista y medioeval, para 1928 (año en que Baudin publicó la primera edición de su obra), eran ideas nuevas y sensacionales, pero poco conocidas en la práctica.

Este erudito catedrático francés comienza definiendo lo que para él significa la palabra 'Socialismo': "un sistema planificado y autoritario, que anula la propiedad individual". A continuación, en las quinientas páginas de su obra y a base de una documentación sólida y abundante, examina el Imperio de los incas bajo los ángulos del medio geográfico, el tipo de población, el fenómeno del socialismo agrario, la planificación estatal y la centralización física de la autoridad en manos de su Monarca y una élite reducida en torno a él. Según el autor semejante sistema de gobierno habría producido "una absorción lenta y gradual del individuo por el Estado... El hombre está hecho para el Estado y no el Estado para el hombre. He aquí un Socialismo en el pleno sentido de la palabra

y es un gran error negarse a mirar el Imperio peruano como un Estado socialista”.

La conclusión a que llega Baudin, después de una larga y concienzuda investigación, es que semejante sistema socialista de gobierno, aplicado al Tahuantinsuyo por generaciones, “hizo desaparecer los dos grandes factores de las revueltas: la pobreza y la pereza, y no dejó más que un pequeño campo a la avaricia; pero, al mismo tiempo, secó las dos fuentes de progreso: el espíritu de iniciativa y el espíritu de la previsión”.

Conrespecto al enfrentamiento de españoles e incas en la plaza de Cajamarca, Baudin se expresa así: “En cuanto al desastre del ejército de Atahualpa, una vez que éste fue tomado prisionero por los españoles, ello se explica muy bien. Hubo primero una verdadera traición, porque el Soberano peruano recibía a los extranjeros como a amigos, sin haber intentado detenerlos en los desfiladeros de la cordillera, lo que le hubiese sido extremadamente fácil. Por otra parte, los indios, que no habían visto jamás ni caballos ni armas de fuego, estaban llenos de un temor supersticioso. Entre los otros pueblos de América el espanto no fue menos grande. Finalmente y sobre todo en razón misma de la centralización excesiva en el Perú, la pérdida del jefe llevaba al anonadamiento del ejército. La extraordinaria disciplina que reinaba en el imperio, tanto entre los civiles como entre los militares, había destruído a tal punto el espíritu de iniciativa individual, que los hombres no se atrevían y ni siquiera sabían cómo obrar cuando no estaban mandados”.

Como atinadamente ha dicho nuestro inteligente historiador ecuatoriano, Gabriel Cevallos García (15) al referirse a Baudin, “puede que en algo o en mucho tenga la razón”. Pero, en todo caso, su explicación, además de involucrar el viejo error europeo sobre el terror a las armas de fuego de parte de los incas, queda corta e incompleta, pues en Cajamarca, si ante su propio e inminente degüello los soldados incas de aquel Imperio socialista pudieron quizás no tener iniciativa alguna para defender sus propias vidas, tan exagerado grado de inercia y estupidez no tenía por qué afectar a su Monarca. Por el contrario, viéndose amenazado de muerte por sus improvisados enemigos, en aquellos soldados sumisos hasta el heroísmo Atahualpa tenía el instrumento ideal e inmensamente multitudinario para pulverizar a los españoles.

XII *Esfuerzos por la verosimilitud de la teoría racista del Tahuantinsuyo*

Baudin había escrito su libro en 1928, año en el cual la Unión Soviética, primer Estado Socialista del Viejo Mundo, estaba apenas en su etapa de asentamiento. Para establecer consecuencias temperamentales en la población de una nación colectivista a base de las experiencias de Rusia, habría que esperar todavía varios siglos, quedando por consiguiente su teoría relegada en buena parte al campo de las hipótesis. Pocos años después sobrevino a Alemania una violenta crisis racista, cuyas consecuencias conmovieron a todo el Mundo durante la Segunda Guerra Mundial. El racismo israelita, tan viejo como la época de Abraham y tan pertinaz como para sobrevivir en la diáspora hasta nuestros días, se sintió herido de muerte por el racismo teutónico de Hitler y, después de una lucha a nivel universal de cuatro años, logró vencer y sobrevivir. Los fenómenos aparecidos en torno a esta crisis han sido aplicados al viejo caso del Tahuantinsuyo, para dar una explicación más convincente a su súbito colapso. Desde luego esta explicación no era moderna, pues el historiador británico Robertson ya la había expuesto a mediados del Siglo XVIII; pero en la segunda mitad del Siglo XX fue comprendida con mayor claridad.

Según esta teoría el exterminio de los 'orejones', oficiales natos del ejército imperial y por ley de stirpe inca ciento por ciento pura, perseguidos en el Sur hasta su total aniquilación (incluyendo en la purga a Huáscar, el medio hermano de Atahualpa), habrían dejado al ejército desprovisto de una jerarquía adecuada para oponer resistencia a los españoles.

Esta teoría viene a dar una explicación distinta de la de los viejos cronistas y de la de Louis Baudin, aunque obviamente resulta inadecuada para explicar la victoria española en Cajamarca, pues ellos habrían luchado ahí contra un ejército mestizo, plenamente reestructurado por Atahualpa y triunfante en batallas tan sangrientas como la de la serranía de los Paltas, en donde según Cieza de León era fama que habían quedado más de treinticinco mil cadáveres tendidos en el campo.

XIII *Significado de las conclusiones arqueológicas modernas sobre el Tahuantinsuyo*

Mientras desde comienzos del Siglo XX los historiadores divagaban en sus conjeturas sobre los esfuerzos erudicionistas para la verosimilitud de la historia de Cajamarca, las teorías de Baudin sobre la influencia aniquiladora de la persona ocasionada por el Socialismo de Estado y el exterminio de los 'orejones' a impulsos de la furia ciega del racismo, por mero afán científico pero como si los expertos norteamericanos, ingleses, alemanes y franceses en el campo de la Arqueología se hubieran propuesto desmentir la historia tradicional de Cajamarca, desde 1911 sobre todo (año en el cual el joven arqueólogo norteamericano Hiram Birgham descubrió en forma casual las ruinas del Machu Picchu) comenzaron a intensificar en forma cada día más tecnicizada los esfuerzos para el conocimiento del viejo Imperio de los incas. Al cabo de más sesenta años de esta clase de investigaciones, las conclusiones a que han llegado parecen destruir toda posibilidad de verosimilitud en aquella historia contada por Jerez de Atahualpa en Cajamarca.

Ya Louis Baudin había llegado a la conclusión de que al arribo de los españoles el Imperio de los Incas se hallaba en apogeo (16). Los arqueólogos actuales, al ir descubriendo aquel juego de exóticas ciudades aéreas a continuación del Machu Picchu (cada una de las cuales representa una etapa inferior en su grado de construcción) (17), han podido constatar que, al momento en que Pizarro y su gente merodeaban por las fronteras del Tahuantinsuyo, el colosal Imperio de los incas se encontraba todavía en plena Edad de Oro, la cual a lo largo de la Historia se ha caracterizado siempre por las edificaciones monumentales. Esto quiere decir que, una vez superada la crisis de la guerra civil, el Tahuantinsuyo había llegado al clímax en su poderío social, económico y militar.

La superficie del Tahuantinsuyo parece que llegaba a un millón de kilómetros cuadrados (el doble que la de la España peninsular del Siglo XVI); su población debía andar cerca de los seis millones (la de España en ese tiempo no llegaba a los doce millones) y se hallaba piramidalmente estructurada en el orden económico, social y militar desde el simple trabajador (el puric) hasta su Monarca Supremo (el Sapa Inca). Poseía la red de caminos más extensa de la Historia Universal hasta el Siglo XVI

(el camino real del Inca era de 7,50 mts. de ancho por 5.200 kilómetros ininterrumpidos de extensión) y estaba dotado de un centenar de puentes colgantes (adelantados por su técnica con trescientos años el puente norteamericano de Brooklyn). La línea de fortificaciones militares, varias de ellas de características ciclópeas, era también superior en extensión a la de los Romanos (tenía una longitud de mil kilómetros) y estaba, desde luego, muy por encima de las de España en el Siglo XVI. El servicio militar era obligatorio. Habiendo llegado a ser el ejército el brazo derecho del Inca tanto para la realización de las grandes obras del Estado como para los momentos de emergencia, desde el tiempo en que Huaina-Cápac emprendió en la conquista de Quito el número de soldados en campaña (aparte del de las guarniciones del Cuzco y resto del Imperio) había llegado a trescientos mil, lo cual en una población de seis millones supone un servicio militar obligatorio de cuatro años al llegar a la mayoría de edad. Con ocasión de la emergencia de la guerra civil entre Huáscar y Atahualpa, se llamaría a las armas al menos una leva anterior. Después de la victoria de Atahualpa, los sobrevivientes del ejército vencido en su mayor parte habrían pasado a órdenes del vencedor, subiendo entonces el número de efectivos militares a órdenes de Atahualpa a más de cuatrocientos mil hombres en pie de guerra, obviamente repartidos entre el Cuzco, Jauja y Cajamarca. En lo que se refiere a armas (muestras de las cuales aparecen hoy día en muchos museos del Mundo), la vanguardia estaba constituida por diez mil honderos. Por la Historia consta que sus proyectiles, del tamaño de un huevo de gallina, tenían un alcance aproximado de ochenta metros (los falconetes españoles de la época, a base de encendido de mecha difícilmente pasaban de los cincuenta); los proyectiles de esas hondas a una distancia aproximada de quince metros tenían fuerza suficiente como para abollar un casco de acero y privar del sentido a su dueño; si no lo llevaba, su muerte era instantánea.

El grueso del ejército inca, constituido por cien mil hombres o más, llevaba una lanza, que era arrojada una sola vez y por lo mismo sin errar al comienzo del ataque; luego, en la lucha cuerpo a cuerpo esgrimían sus hachas de bronce trapezoidales o esteliformes, cuyo manejo era objeto de entrenamiento diario durante los cuatro años de servicio militar. Finalmente en la retaguardia venían por lo menos cincuenta mil hombres con sus pesadas porras revientacráneos y sus espadas de chonta con doble



filo, para rematar a todos cuantos no podían huir. Finalmente, para la movilización rápida de unidades militares acantonadas en otras plazas y requeridas en un punto de peligro, el camino real del Inca tenía una anchura de 7,50 mts. precisamente para dar cabida a columnas de diez hombres en marchas forzadas; para resistir hasta su llegada, Cajamarca, al igual que todas las demás ciudades del Imperio, contaba con una fortaleza en la sierra, como nos ha dicho ya el soldado de caballería de Pizarro, Juan Ruiz de Arce.

De esta forma la historia plástica del Tahuantinsuyo, apenas esbozada en esta breve síntesis pero en pleno vigor colectivista a la llegada de los españoles (como pudo comprobarlo Hernando Pizarro al ir a Jauja y asombrarse ante sus vías de comunicación, provisión de alimentos para la guerra y jerarquía perfectamente disciplinada) parece constituir hoy día la refutación más dramática y tangible de la pequeña y contradictoria historia compuesta por Jerez.

XIV *Cómo aparece hoy día la historia tradicional de Cajamarca*

De acuerdo a lo que ha podido apreciar el lector por sí mismo en esta breve síntesis, la historia de Atahualpa en Cajamarca bajo la versión popularizada por Jerez, para quienes se han detenido a examinarla a fondo, ha aparecido desde sus orígenes enigmática e increíble. Para conferirle verosimilitud en el Siglo XVI el Padre Naharro creyó indispensable hacer intervenir directamente a Dios por medio de un milagro espectacular; a comienzos del Siglo XVII el Inca Garcilaso de la Vega ideó, además del milagro de Dios operando silenciosamente en el ánimo de Atahualpa, la creencia supersticiosa de los incas sobre el origen divino de los españoles; en la segunda mitad del Siglo XVIII el Padre Juan de Velasco aceptó esto último y creyó hacer desaparecer por completo la falta de verosimilitud, suponiendo el crimen de alta traición en Rumiñahui, la presencia en Cajamarca de apenas un regimiento de reclutas incas y, en cambio, la dotación en los españoles de toda una artillería con fusiles y cañones; el erudicionismo europeo en el campo de la Historia creyó poder desvanecer toda duda sobre la realidad de los hechos contados por Jerez, con sólo desenterrar y publicar toda clase de



documentos de la época, con lo cual desafortunadamente hoy día no se ha conseguido otra cosa, que mostrar más al vivo la incapacidad física de la pequeña tropa de Pizarro, para hacer volar en pedazos la monumental estructura material y humana del Tahuantinsuyo; la teoría trascendente de Baudin sobre los efectos aniquiladores en la psicología del hombre, producidos por el Socialismo, y la hipótesis de la crisis de racismo carcomiendo por dentro a esa gran Nación a la llegada de los españoles, tampoco parecen explicar en forma completa el supuesto desastre de las fuerzas militares de Atahualpa en la plaza de Cajamarca. Contra todos estos esfuerzos, realizados para hacer aquella historia verosímil, la arqueología moderna de los incas, o sea, la historia plástica del Tahuantinsuyo tal como se levantaba al arribo de los españoles, constituye hoy día la negación más dramática e imparcial de la vieja historia de Jerez.

Así, pues, hoy día la 'historia tradicional' de Cajamarca aparece menos digna de fe que en cualquier época de las anteriores.

Ante este hecho ¿no nos colocaríamos más cerca de la realidad, aceptando simplemente la forma implícita que tuvo Carlos V de ver aquellos acontecimientos, según la cual en Cajamarca no hubo batalla alguna propiamente dicha, de la cual se originara el cautiverio de Atahualpa, sino que, en medio de una situación de suyo ambigua e indescifrable para los soldados españoles, tales sucesos fueron inventados como 'versión oficial', para encubrir un desfaldo gigantesco a la Corona española del oro voluntariamente entregado por Atahualpa a Carlos V, a cambio de ciertos adelantos de Occidente? La captura del Inca ¿no habría tenido lugar meses más tarde, cuando el invicto ejército imperial se había retirado hacia el interior de la Nación? El mismo ajusticiamiento de Atahualpa, antihumano e impopular, ¿no se habría originado de la necesidad de silenciar en él toda aclaración posterior de sus intenciones, al haber entregado libremente aquel fabuloso caudal de metales preciosos? De hecho hoy día tal parece ser la única forma posible para hacer coincidir, como es exigencia perentoria de la lógica, la Historia con la Arqueología de los incas, o sea, la historia plástica del Tahuantinsuyo a la llegada de los españoles.

CITAS UTILIZADAS

- (1) Diego de Trujillo. Relación. Tres testigos de la Conquista del Perú. Ariel pág. 107.
- (2) Gaspar de Espinosa. Cartas. Documentos inéditos de la H. de E. Tomo XXVI, pág. 308.
- (3) Hernando Pizarro.— Carta. Tres testigos de la Conquista del Perú. Ariel pág. 17.
- (4) Francisco de Jerez.— Verdadera Relación... Sevilla, 1534.
- (5) Alberto María Torres. El Padre Ververde, Segunda Parte, Cap. VII, pág. 109.
- (6) Jacinto Jijón y Caamaño. El Adelantado Don Sebastián de Benalcázar, pág. 21.
- (7) Libro Primero de los Cabildos de Lima, Tomo I, pág. 15.
- (8) Pedro Cieza de León. Del Señorío de los Incas, Cap. XXXVIII, pág. 206.
- (9) Inca Garcilaso de la Vega. Segunda Parte de los Comentarios Reales, Libro I, Cap. 25.
- (10) Juan de Velasco. Historia del Reino de Quito, Tomo I, Ariel, Guayaquil.
- (11) Colección de Documentos inéditos para la Historia de España, Tomo XXVI, pág. 274.
- (12) Juan Ruiz de Arce. Advertencias.— Tres testigos de la Conquista del Perú. Ariel.
- (13) Diego de Trujillo, obra citada.
- (14) Louis Baudin. El Imperio Socialista de los Incas, Séptima Edición, Madrid.
- (15) Gabriel Cevallos García.— Historia del Ecuador, Segunda Parte, Cap. IV, pág. 68.
- (16) Louis Baudin, obra citada, Introducción, pág. 12.
- (17) Víctor von Hagen.— El Imperio de los Incas, Cuarta Parte, pág. 163.